



JUAN GUADALBERTO GODOY

EL CORRO

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

JUAN GUADALBERTO GODOY

EL CORRO

Confesión histórica en diálogo que hace el Quijote de Cuyo Francisco Corro a un anciano, que tenía ya noticia de sus aventuras, sentados a la orilla del fuego la noche que corrió hasta el pajonal, la que escribió a un amigo suyo.

Viejo: Estando junto al fuego yo sentado
sentí un tropel, que a mí se dirigía,
el cual lo hacía un hombre que asustado,
diciendo: me persiguen, más corría.
Llegó por fin a mí todo embarrado,
le invito a desmontarse, y no quería,
pues tan grande es su miedo, y tal su apuro,
que sólo cree a caballo estar seguro.

Por fin se desmontó, y no contento
teniendo su caballo de la brida,
sacó un par de pistolas e hizo asiento;
desenvainó una espada muy lucida

fijando vista, y oído muy atento
al camino que traía en su venida;
pregúntole quién es, y él me responde,
que es Corro, el Coronel de no sé dónde.

Le pedí me dijese allí su historia
sin dejar menudencia por contarme
que imprimirla quería en mi memoria
ganando en este gusto que iba a darme
que fuese un pregonero de su gloria
y de un hombre tan grande así acordarme;
convino y dio principio por sentado
por lo que a todo trance había ocultado.

Corro: Hijo de un zambo platero

llamado Teodoro Corro

nací en Salta como un zorro

en un miserable agujero;

vil, ignorante, y grosero,

cobarde pero atrevido

pedí el militar vestido

para cacarear honor,

siendo todo mi valor

el valor de mi apellido.

V. ¿Y cómo con tales recomendaciones
lo admitió Alvarado entre su tropa?
Porque según demuestran sus razones
usted no mereció aquella ropa,
ni tener en la manga dos galones;
por paisano sin duda hizo la sopa.
Mas quisiera señor que me dijera
si tenía afición a la carrera.

C. De un mal soldado a teniente
ascendí por carambola
y asombrado exclamé: ¡Hola!
ya voy pareciendo gente,
confieso aunque no es decente
que al verme con relumbrones
se me inflaron los pulmones
y la boca se me hizo agua
al comparar con la fragua
el lustre de los galones.

V. ¡Qué contento tendría al encontrarse
libre ya del carbón y de la lima,
pudiendo con las gentes asociarse,

y con vestido militar encima!
Debiera usted por cierto así empeñarse
en ganar del Coronel la estima
por puntual al servicio, por valiente,
y hacer ver que la raza no hace gente.

C. Crecer mi orgullo sentía
y elevarse a punto tal,
que sólo en ser General
pensaba de noche y día,
resolví con gallardía
ejecutar lo pensado;
todo, en fin, lo vi logrado
mediante la ruin traición
de robarle el Batallón
al Coronel Alvarado.

V. ¿Y que no temía usted algún castigo
por el atentado que confiesa?
¿Que no había Oficiales allí, amigo,
que aquel mal estorbasen con presteza?
Porque una seducción no se hace sin testigos,
y usted ponía en riesgo su cabeza;

pues si su comandante lo advertía,
un almuerzo de plomo usted tenía.

C. Temiendo, como era justo,
mil consecuencias fatales,
apresé a los Oficiales
que me causaban más susto;
pero aún no teniendo gusto,
ni pudiéndome aquietar,
también hice asesinar
a Sequeira y Benavente,
a Salvadores y Fuentes,
guapos, no puedo negar.

V. Déjeme preguntarle lo que hacía
gobernando vecinos y soldados,
porque esto no es tocante a platería:
que si fuera esto, en esto se había criado;
y por fin, era cosa en que tenía
la mitad del camino casi andado;
pero pasar de un salto a tal altura
embrolla la cabeza más segura.

C. Señor de vidas y haciendas

en el pueblo de San Juan,
yo no envidiaba al Sultán
de su Gobierno las riendas,
a mis tropas en sus tiendas
proclamaba libertad,
cuando al pueblo sin piedad
le gritaba entre sus penas
horca, fusil, y cadenas
sostendrán mi autoridad.

V. Pero en fin hasta aquí no había pedido
lo que llaman confites del Gobierno,
de un unto que en las manos recibido
el corazón más duro pone tierno,
porque en su mano estaba el haberse ido
como otros Gobernantes al infierno,
y extraño que hasta aquí sin tener minas
no atacase las bolsas sanjuaninas.

C. Viendo ya al pueblo en desmayo,
temiendo grillos y muertes,
le arranco veinte mil fuertes
en un día por ensayo,

tan rico sabor les hallo
a los dichosos doblones
que cayendo en tentaciones
de robarlos con frecuencia
impuse con exigencia
mayores contribuciones.

V. Ya tiene usted dinero sin trabajo,
y al pueblo sanjuanino ya en galeras;
pero quisiera verlo yo más majo,
hecho ya un coronel con charreteras,
cruzando por San Juan de arriba abajo
dictando providencias muy severas,
porque según registro en su semblante,
atrás deja a Alejandro en lo arrogante.

C. Cansado me llegué a ver
de robar con grosería,
a pesar de que tenía
más garras que Lucifer;
y así por entretener
a mi corazón altivo,
mandé tan ejecutivo,
como estaba de borracho,

se me extendiera despacho

de coronel efectivo.

V. ¡Oh, qué lujo y qué rango gustaría

hecho ya coronel, y con dinero!

¡En vestidos, qué pesos emplearía!

¡Qué arrogante cocina, y cocinero!

¡Qué muebles, qué casa y qué tapicería!

¡Qué caballos, qué coche y qué cochero!

¡Qué tertulias tendría tan famosas,

pues dicen que en San Juan hay buenas mozas!

C. Para darme la importancia

de un rango ya tan brillante,

me mandé hacer al instante

toda ropa en abundancia;

mesa con mucha elegancia,

casa con hermosas piezas,

muebles, alfombras inglesas,

y tertulia al gusto mío

puse, no de señorío,

pero de mozas traviesas.

V. Pero, señor, quisiera preguntarle,
¿cómo se manejaba en esta danza,
cuando algún ciudadano iba a tratarle,
de aquellos que habían visto su mudanza?
¿Qué tal modo solía usted mostrarle?
Haría usted papel de Sancho Panza;
y aunque era un coronel tan arrogante,
cuentan que le llamaban Rocinante.

C. En tanto lujo y bonanza,
tuve también mi cerote,
creyéndome un Don Quijote,
o al menos su Sancho Panza;
esta triste semejanza,
me robó todo el sosiego;
pero recobrada luego
mi gravedad natural,
me ostentaba tan formal,
como un gato junto al fuego.

V. Se acordaría usted algunas veces
de su padre y su madre, avergonzado.
¡Ah, padre! -diría- ¡si me viese
en altura tan grande colocado...!

Pero hallo por mejor que no estuvieses,
que acaso andarás todo tizado;
pero ¡ay, querido padre! ¡Cómo siento
la hediondez a mulato! ¡Qué tormento!

C. A pesar del homenaje
que en grande se me rendía,
no obstante se percibía
el fortín de mi linaje.
Exaltado mi coraje
por este fetor ingrato,
quise sahumarme sensato
con más exquisito incienso,
proveyéndome el ascenso
de Cuyo al Generalato.

V. Que le viniese a usted a la cabeza
atacar a Mendoza, yo me admiro;
sin duda Pancho Aldao, el buena pieza,
le dijo la tomaba sin un tiro:
si esto fue así, fue mucha ligereza,
y disculpa ninguna en ello miro;
si yéndose al Perú cumple el tratado,

le pasa la escobilla al dicho Aldado.

C. Por no tener a mi tropa

tan regalona y ociosa,

pensé tomar a Mendoza,

como tomarme una copa.

Al punto con viento en popa,

que saliesen resolví

al Chañar y Jocolí

guerrillas, que se escogieron;

pero a mi nombre sufrieron

buenas jeringas de ají.

Dejó este suceso adverso

mi espíritu envenenado,

mi semblante avinagrado,

y más lindo que un escuerzo;

pálido mi color terso,

puso mi furor insano,

y con la espada en la mano,

muerte, exterminio, y venganza,

desolación y matanza,

gritaba como un marrano.

V. ¿Cómo es eso que los derrotaron

cuando Araya contaba haber corrido
a más de cuatrocientos que llegaron
a atacarlo y que en el sitio vido
que de los hombres que mataron
quedó el campo señor todo tupido?
¿Y si esto no fue así con qué esperanza
a Mendoza siguió con más pujanza?

C. Sufriendo el sueño y el hambre

puse en marcha al Batallón
siendo mi imaginación
de proyectos un enjambre.
Teñir los campos en sangre
desde el camino intentaba
a Mendoza si negaba
la entrada a mis Liberales;
pero al tocar sus umbrales
un sudor frío me helaba.

V. Pero exponer a todos sus soldados

por un vano capricho, no es cordura,
a más de esto faltar a los tratados
que Mendoza cumplía, es cosa dura.

¿O tenía los medios ya tentados
que a tomarla le diesen coyuntura?
Pero aunque esto así fuese usted mostraba
el dolo y mala fe que lo animaba.

C. Temiendo entrar en acción

tenté efectuar la conquista
por medio de una entrevista
al punto del Borbollón.
Anduve tan embrollón
en el ajuste de pases
que hablando ya sin disfraces
por ver si sacaba troncha
al fin les hice la roncha
a mis ocultos secuaces.

V. ¿Por qué no se volvió sin exponerse
a que el diablo las hostias se comiera?
¿Si tenía usted miedo a qué meterse
a tratar con Mendoza si ya no era
el tratado de usted digno de creerse?
¿A qué dar esa lista que debiera,
estando en el apuro de entregarla,
comérsela más antes que mostrarla?

C. En fin, diré el paradero
de la entrevista aterrante.
De Jiménez el semblante
vi tan iracundo y fiero,
a Mayorga tan severo,
y al resto tan encendido,
que turbado y sin sentido,
y sin hallarme qué hacer,
al fin vine a resolver
lo que dice mi apellido.

V. ¿Y qué ganó con su entrevista?
Dejar a sus amigos amolados,
mostrando quiénes eran por su lista.
¿Que con listas se triunfa, o con soldados?
¿Y creía de este modo la conquista?
Estos son unos medios nunca usados;
pero dictados por hombre tan agudo,
de su buen resultado yo no dudo.

C. Temblando a mi campamento
llego; ordeno retirada;

hago traer la caballada,
y que nos atacan cuento.
Ligera, veloz cual viento,
marcha la caballería,
se arrea a la infantería,
y apretando las espuelas
me dejo dos centinelas,
que tal vez me olvidaría.

V. No sería despacio su salida,
supuesto que el miedo la dictaba;
pues sólo en una marcha muy seguida
a su valiente tropa aseguraba;
porque allí a cada cual le iba la vida,
si un solo mendocino lo alcanzaba
y me parece duro de pelarse
el caminar despacio, al retirarse.

C. A la voz de ya te alcanzo ,
que en mis orejas sonaba,
veinte leguas me tragaba,
volando cual cisne o ganso,
marcho sin darme descanso,
y al verme en senda más ancha,

el corazón se me ensancha,
y dejando el trotecillo,
disparo como el potrillo
que conoce ya su cancha.

V. Las más veces, señor, en estos casos
lo primero que queda son los bagajes;
pues sirven al que corre de embarazos,
porque ahí lo que se quiere no es carruajes,
sino poder en uno dar dos pasos,
y librarse del peso de equipajes:
que el soldado que huyendo va de prisa,
reputa como carga la camisa.

C. Viniendo los Escuadrones
Cívicos y Nacionales,
Mendocinos, mis rivales
tras de mí, como unos leones,
pensé salvar mis doblones,
armamentos y equipajes,
municiones y bagajes,
mandando, que en el instante,
dos jornadas adelante

caminasen los carruajes.

Jugando pues con afán
los gauchos las picanillas,
arriban a las orillas
de la ciudad de San Juan;
después noticia me dan,
que aquella gente guerrera
tomó en su misma carrera
toda mi carretería,
y al saber esta avería
doy un golpe a mi mollera.

V. Yo creo que ni a un burro le ocurriera
despachar adelante las carretas
y jamás a este caso se expusiera
sin buena guarnición de bayonetas,
y de este modo consiguiera
ponerse a salvo de funestas tretas;
pero mandar sin esto allí armamento,
es cosa que no hiciera ni un jumento.

C. Desconcertó mi chaveta
tan inesperado lance:
entro al pueblo a todo trance

como incógnito cometa;
carrera allí de baqueta
supe que me iban a dar,
y reniego sin cesar
contra el complot inhumano
que me metió en el pantano
y no me supo sacar.

V. ¿Y qué papel hacían en tal trance
tantos buenos amigos que tenía,
cuando le vieron disponer su avance?
Yo me creo que entre ellos Juan no habría,
Judas sí encontraría en este lance,
infinidad de Pedros hallaría,
que a vista de las Cruces sin clemencia
hiciesen ver de Ovidio la sentencia .

C. Los que me fueron más finos
vinieron a visitarme,
y entran a comunicarme,
que unidos los sanjuaninos
a los bravos mendocinos
forman cuatro mil campeones

de fusil, sable y cañones.

Digo, y exclamo aturdido:

valedme santo apellido

tutelar de mis talones.

V. Se debería hallar bien afligido

mirándose rodeado de enemigos,

de Mendoza por unos perseguido

y creyendo en San Juan hallar amigos,

encontrar un pueblo enfurecido

queriendo de su muerte ser testigo

el rico, el pobre, el joven, el anciano,

el jefe, el subalterno y miliciano.

¿Que no tuvo recelos al entrarse

en un pueblo que habían desamparado

al mirar que usted mismo iba a encerrarse

entre enemigos de uno y otro lado?

Porque esto era querer hacer matarse

sin que escapase algún soldado

y a no ser que Iglesia usted ganase,

no sé de qué otro modo se escapase.

C. Como en la misma mañana

llorar a solas quería

me meto en la sacristía
de mi señora Santa Ana;
allí le pido con gana
que salvase mi cabeza,
que le hacía la promesa
de consagrar mi talento
a servirle en un convento
o de monja o de abadesa.

V. ¿Que ignora usted que es máxima adoptada
que el militar demuestre una alma fiera,
su presencia serena y mesurada,
y en medio del peligro más entera?
Usted jamás debió ceñir espada,
y erró la vocación en su carrera,
pues si se entrara usted de monigote,
mejor le está el cerquillo, que el bigote.

C. Sobando mi vil pescuezo
me distraigo en la oración,
y digo en mi corazón:
o soy Santo, o huelo a queso;
si en medio de tanto rezo

se viene Cruz y me pilla,
me cuelga como morcilla,
si no me hace carbonada,
de las que hace con su espada
el bravo Cajaravilla.

V. Otra cosa me dice en esta parte,
que siendo de otra boca no creyera.
¿Tiene miedo de Cristo al Estandarte,
y en la Iglesia su asilo considera?
Es lo mismo que aquel que huye de Marte,
y toma la milicia por carrera.

Yo, en mi juicio, reputo cosa necia,
huyendo de la Cruz ganar Iglesia.
¿Y qué providencia, o qué medida
para evitar el golpe usted tomaba?
¿Por qué no amenazó quitar la vida
a todo ciudadano, si intentaba
el valeroso Cruz su acometida,
y que al pueblo, en tal caso, lo quemaba?
Vaya, que usted no ha visto, Corro,
el arte de la guerra por el forro.

C. A pasos acelerados,

de aquel santo rinconcito
salgo, y envió al Pocito
cincuenta mil Diputados,
que fingiéndose asustados,
mostrando algún temorcillo,
digan en tono sencillo
a Cruz que tengo jurado,
que como sea atacado
al Pueblo paso a cuchillo.

V. Extraño que hasta aquí no le intimara
el jefe de la Tropa con denuedo,
que la Ciudad muy pronto le evacuara,
notando en sus medidas ya su miedo.
Extraño que no le amenazara,
y es cosa que comprender no puedo,
que estando usted adentro y él afuera,
no le mandase al punto que saliera.

C. Luego me manda intimar
Cruz con terrible amenaza,
le desocupe la Plaza
donde pensaba alojar,

o que me haría quemar
a la siguiente mañana,
si hago su propuesta vana;
y yo por ser consecuente,
salgo con toda mi gente
más de fuerza que de gana.

V. Quisiera yo haber visto su salida
de un pueblo, que su orgullo había sufrido
y que más que en ninguno fue sentida
de su ambición feroz el estallido;
convertido en cordero en su partida,
al que tigre feroz antes lo vido.
No alcanzo yo a entender cómo aguantaron
que como a un San Esteban no lo echaron.

C. Aumentaban mi dolor
a mi salida los lachos,
las mujeres, y muchachos
que tras de mí con fervor,
entonaban con primor
en verso bien concertado,
viva ese Corro mentado,
ese coronel badana,

que a Mendoza fue por lana
y ha venido trasquilado.
Sentí cubrirme de pena,
de tristeza, y pesadumbre
al ver que la muchedumbre
en lugar de enhorabuena
me gritaba a boca llena:
Corro, tu alma temeraria,
tu cabeza estrafalaria,
y tu valor denodado
merecen el principado
de la Insula Barataria.

V. ¿A dónde fue a parar tras este trote?

Yo no creo que cerca se alojara
haciéndome cargo del cerote
con que iba usted, y que parara
cuando sentía cerca ya el chicote,
antes es de admirar que no dejara
los soldados que huyesen a su gusto,
que así corriera a proporción del susto.

C. Falto de valor y brío

cansado de disparar,
fui por fin a refrescar
al otro lado del río;
allí con menos resfrío
libre ya de tanto insulto
pienso, medito, consulto,
y a solas me digo y hablo:
lléveselo todo el diablo
como escape yo mi bulto.

V. Amigo, yo su Tropa reputaba
que lo seguía a usted por ignorancia
imbuida en que era justo lo que obraba;
admirado me deja su constancia
y hallo que sólo jefes le faltaba
y que esto disminuía su arrogancia.
¿Pues qué hará el buen soldado cuando advierte
que el Jefe en disparar cifra su suerte?

C. Entre tanto yo advertía
que mi Tropa desertaba;
pero lo disimulaba
porque ya me convenía.
Yo entre mí mismo decía:

ésta es la última jornada
que a fuga precipitada
yo solo debo emprender
y con Tropa no ha de ser
porque ya es carga pesada.

V. ¿Y tuvieron paciencia de seguirle
viendo que usted se los dejaba
después que habían sufrido por servirle
mil trabajos que usted ya no pasaba?
¿Qué interés podía conducirlo
al soldado si todo le faltaba,
mirándose sin jefes, sin abrigo,
sin qué comer, y al frente el enemigo?

C. Principiaba a consolarse
con esto mi corazón,
cuando veo al Batallón
como el humo disiparse;
pues que empezó a divulgarse,
que el enemigo embestía;
yo no sé si así sería,
porque me asaltó un desmayo,

volví de él, monté a caballo,
y corrí hasta el otro día.
Con terribles convulsiones
despierto al día siguiente,
y creyéndome sin gente
veo doscientos dragones;
adiós, dije, adiós melones,
desgraciado es mi destino
por la plata en el camino,
éstos me juegan un gancho,
me degüellan como a chancho,
y me comen el tocino.

V. Amigo, si allí yo hubiese sido
soldado de dragones, yo le juro
le había de haber pesado haber nacido,
y otro tanto mayor fuera su apuro;
yo hubiera puesto traba a su apellido,
y que no la rompiera, estoy seguro,
que a vista de un fusil que le apuntaba
o el diablo se lo lleva, o se paraba.

C. Yo decía, estos dragones
no me han de seguir por leales,

al olfato de mis reales
se han venido los bribones;
tan funestas reflexiones
me causaban mi sorocho,
y sin tener un bizcocho
exclamé desfallecido:
ojalá hubiera nacido
más bien que Corro , Corrocho.

V. ¿Y los dragones qué se hicieron
cuando llegó donde yo estaba?

Si quisieron seguirle no pudieron
según era el paso a que marchaba;
si ellos por otra parte se le fueron
sin duda a la sazón usted ignoraba.

Les puede usted dar gracia a sus talones,
que lo libran de Cruz y sus dragones.

C. Amigo, ya yo me voy;
pues cerca viene un tropel,
yo quiero escaparme de él,
[o de no perdido soy.]

Si junto al fuego me estoy

quizá alguno me echa el guante,
mejor es ir adelante;
dejaré mi confesión,
que si lo hallo otra ocasión
le contaré lo restante.

V. Hasta aquí me contó, y oyendo un ruido
cual si viniese tropa allí marchando,
cabalga en su rocín despavorido,
y con la aguda espuela repasando
el ijar del caballo enfurecido,
no parece que el suelo va pisando,
pues tan rápido corre y tan violento,
que competir pudiera con el viento.

Ya he contado hasta aquí lo que me dijo
el Coronel Corro en su corrida,
sin quitar ni poner; pues muy prolijo
anduvo en referir su larga vida.

A aquel que le agradase, a punto fijo
muy pronto la verá quizá concluida
porque noticia espero de un amigo,
y así que la reciba luego sigo.

Soneto

¡Oh, Providencia! Te estaba reservado
Demostrar lo que puede un pueblo unido,
Aún no fue tu suelo acometido,
Cuando cada hijo tuyo fue un soldado.

Has hecho ver de cerca, que un Estado,
Cuando es por Ciudadanos defendido,
Más seguro se encuentra, y es temido
Del que Ejército tiene asalariado.

Tiemble desde hoy quien quiera acometerte,
Escarmiento halle en Corro y su jornada,
Y sus Tropas no exponga, ni su suerte.

Aquel que quiera verte subyugada,
Esté entendido que hallará la muerte,
En la tremenda punta de tu espada.

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

